

CRITICA TEATRAL.—

"Población Esperanza"

El Teatro Universitario de Concepción ha presentado en el coliseo de la ciudad sureña "Población Esperanza", drama escrito por Isidora Aguirre y Manuel Rojas. El cronista fué invitado por la Universidad de Concepción al estreno, que formaba parte del programa de la Quinta Escuela Internacional de Verano.

Isidora Aguirre y Manuel Rojas han llevado a la escena un episodio del vivir cotidiano en la zona suburbial, abatida y de triste miseria. Se trata en suma de un grupo humano metido en la ruin cochambre del arrabal, en eso que el neologismo pintoresco y terrible llama población "callampa". ¿Simple documento humano? ¿Fotografía realista de una coyuntura vital? En la apariencia sí. Los personajes cabalmente individualizados del drama hecho sordidez y miseria tienen rasgos inequívocos de verosimilitud, son unas vidas que con tintes implacables nos muestran su desnudez moral. Pero es más que un cuadro costumbrista.

La materia dramática es densa: la intriga, en cambio, exigua. Quiero decir que hay en todo el episodio una carga intensa de patetismo interior y un tema mínimo, simple pretexto. La esencia teatral de "Población Esperanza", su goja, su intención, sobre todo, están en el soporte ambiental. Están en el empeño ético reflejado en ese espejo de la realidad en el cual se condensa un juicio riguroso contra la miseria, aun cuando los autores no lo hagan implícitamente.

¿Obra de tesis? En todo caso una tesis que se transforma en materia teatral estricta.

¿Cuál es, en definitiva, el balance obtenido por los autores? Acaso lo más importante sea el lenguaje. No se trata sólo de un diálogo vivaz, expresivo, vehículo de la acción, sino de algo más importante. Es un lenguaje hecho drama en sí mismo, nudo y nervio esencial de la obra, elemento substantivo. La tarea de reconstrucción de ciertas formas argotísticas es notable.

Otro mérito, derivado de esto mismo, está en el diseño de una realidad presente provista de sus rasgos definidores con tan minuciosa pupila que a veces trae el recuerdo de un aguafuerte barroco. Debe ponderarse también el interés humano que suscita el drama, no tanto por el hecho concreto del episodio como por enfrentarnos a un mundo dislacerante y verídico.

El desarrollo es lento, a veces quieto y repetido, con una arquitectura teatral simple y un encadenamiento escénico elemental. Acaso la falla más grave está en el desenlace que es previsible y rompe, al hacerse obvio, toda posibilidad de expectación y suspenso. No se advierte en la obra ese más allá de la escena misma, cuya existencia el espectador debe sentir intuitivamente como una prolongación de esas vidas, como una tercera dimensión.

Este defecto se compensa en parte por el enfoque directo del hecho teatral. El drama discurre entero y vigoroso sobre las tablas. No es alusivo, sino evidente y palpable.

Citábase más arriba la palabra tesis. Debemos rectificar. La tesis supone algo en exceso deliberado, doctrinal y estrecho. La obra aspira, por el contrario, a tener en el pensamiento sutil que la guía una validez universal. Cuando se corre la cortina, al final, queda flotando la idea de Bernard Shaw completada por los autores: "El mal de los miserables es la miseria, y ni el amor humano, ni el amor divino son suficientes para salvarlos".

No existen en "Población Esperanza" personajes de proporciones excepcionales. El paisaje humano lo forma el anti-héroe —el abúlico, el pícaro, el andrajoso, el fracasado... Una nota de mediocridad inexorable los unifica, y la razón de los hechos proviene de ese rasero común en que está la clave de la pieza.

Manuel Rojas e Isidora Aguirre han dado a su drama el título de "Población Esperanza", nombre paradójico que queda como contradicción deliberada para reforzar el fluir truncado de los seres que la pueblan.

Veremos en otra crónica cómo todo esto se hizo realidad en la interpretación del TUC de Concepción.

CRITILLO

CRITICA TEATRAL.—

Más sobre "Población Esperanza"

Decía que los personajes son en general el "antihéroe". Flora, la visitadora, es el único ser normal, no degradado, pero cae en la degradación, sin perder su nobleza espiritual, al enamorarse del ladrón. Intenta redimirlo. El destino se opone.

La miseria arrastra a todos. He ahí la conclusión pesimista de la obra. Hay en "Población Esperanza" un episodio que pasa casi inadvertido en el conjunto de hechos y que tiene, a mi modo de entender, una fuerza honda de predestinación. Cuando Ana María, la "buscona", sabe de los amores del ladrón y de Flora, ve en el idilio —por un enlace misterioso— el signo de su redención. El suceso infausto la deja de nuevo en el arroyo y el grito de la prostituta ante el fracaso es un grito ya de acrisolamiento.

Los actores del Teatro Universitario de la ciudad penquista forman un grupo muy homogéneo, y se advierte en ellos el fruto de una tarea de disciplina metódica. Resaltan el entusiasmo, la juventud, el amor a la escena. En ese grupo las diferencias son menos ostensibles que en otros, sin que tampoco dejen de notarse los grados de calidad. Descuella —por lo menos en esta obra— el trabajo de Mireya Mora en el papel de Emperatriz, la mendiga que ejerce su profesión con niños alquilados. Mireya Mora compone el personaje del hampa con intuiciones sorprendentes, con minucioso y perfilado diseño en el cual el gesto externo, el ademán, la voz y el grito desgarrado son guiados milagrosamente por la tensión íntima que a momentos se resuelve en el fracaso de sus empresas tan humanas.

En el recuerdo nos queda también la actuación de Filomeno (Andrés Rojas). Más exterior, menos rico de aventura espiritual, este zampatorras y pícaro que vive, como su compañera Emperatriz, en la industria mendicante de los bajos fondos, obtiene una estampa realista que no se olvida. Le siguen en orden decreciente Vicente Santamaría, como Teodoro, justo éste de voz y de sentires íntimos en las escenas con el hijo (Jaime Vadell). Pero en este actor, como en muchos de sus compañeros, es discernible aún cierta rigidez y escaso dominio del juego corporal. Luis Alarcón, Jasna Ljubetic, Nancy Schmauck y Tennyson Ferrada incurren en ese mismo defecto de tiesura. Pero los cuatro sienten íntimamente el personaje que encarnan. Tennyson Ferrada deberá cuidar su dicción. Delfina Guzmán hace de su papel de Visitadora un tipo muy femenino y tierno. Su ductilidad en la expresión de los sentimientos contradictorios que la atosigan acusa muchas posibilidades de actriz.

En general puede decirse que uno de los logros del trabajo de equipo está en la buena caracterización física de los personajes, destacándose en el grupo la señorita Schmauck, Mireya Mora, Andrés Rojas y Luis Alarcón. Del andrajo estos actores hacen una obra maestra.

Pedro de la Barra ha logrado en su tarea de director un resultado muy positivo. El ritmo del desarrollo escénico, pese a ciertas lentitudes y morosidades debidas a inexperiencias de los actores, corresponde al juego espiritual de los hechos del drama. El incidente de la herida de Estanislao es de masiado directo y algunas secuencias entre escena y escena se realizan con excesiva brusquedad. Estos cortes y quiebros, generados indebidamente a veces en el texto mismo, deberían haber sido suavizados por el director. En cambio De la Barra ha sabido poner en la valorización del lenguaje y en ciertas escenas —idilio de Flora y Estanislao— lo mejor de su capacidad directriz. Los movimientos de aproximación y repulsa de Flora acusan la mano experta del "metteur en scène".

Gustavo Meza, autor del vestuario y director ayudante, ha sabido contribuir al éxito de la obra. A él se debe toda la fuerza dramática que en "Población Esperanza" pone el barroquismo del harapo.

La escenografía e iluminación de Raúl Aliaga componen un cuadro que atosiga al espectador por su realismo. Los 18 personajes se mueven entre estas casuchas con suma desenvoltura y este milagro de espacialidad y congruencia funcional del paisaje escénico, toma por momentos la categoría de un personaje más en el drama. El ambiente, con todo, no domina la acción. Creo, sin embargo, que el colorido oscuro del decorado debió tener alguna nota clara para reforzar el contraste y romper la monotonía.

El Teatro Universitario de Concepción, que estrenó en 1958 seis obras, ha demostrado al montar "Población Esperanza" la madurez sumada a un entusiasmo juvenil enemigo de la rutina y del estancamiento. Al verlo actuar frente a un teatro desbordante de público, fervoroso tanto en los silencios como en el estruendo al ocupar sus localidades con excesivo fragor, nos acordábamos de una conminación patriótica de Ortega y Gasset: "¡Las provincias en pie!"

CRITILLO